

En torno
al debate
**LOS
CRISTIANOS
Y EL
SOCIALISMO**

¿POR QUÉ SOCIALISTAS CRISTIANOS?

LUIS UGALDE

DEL COMUNISMO Y ANTICOMUNISMO

El Dr. Valentín Arenas, lector y colaborador de SIC desde hace muchos años, nos ha enviado un artículo sobre el tema Cristianismo y Socialismo que el lector puede apreciar en este mismo número. En él hace comentarios a propósito del folleto titulado "Cristianismo y Socialismo" escrito por mí y publicado en el Curso de Formación Socio-Política que edita el Centro Gumilla. Me alegró que el Dr. Arenas enviara esta colaboración porque pienso que expresa con claridad y honestidad intelectual una opinión personal con la que seguramente coincidirán una buena parte de nuestros obispos, sacerdotes y aquellos laicos que en las décadas anteriores recibieron una formación cristiana más sistemática en alguna organización católica. Yo mismo durante años recibí, compartí y enseñé esa manera de abordar el socialismo. Entiendo muy bien que el Dr. Arenas sea cerebral y emocionalmente anticomunista. Así nos formaron y la historia reciente nos ha dado razones al menos para no ser entusiastas ciegos de un modelo político como el instaurado en la Unión Soviética. A nosotros nos enseñaron a ser antisocialistas y anticomunistas de una sola pieza y sin matizaciones. Ahí no teníamos nada que buscar los católicos. Entonces no tenía ningún sentido entre nosotros la afirmación reciente de Pablo VI citada por mí en el folleto: "Hoy día, los cristianos se sienten atraídos por las corrientes socialistas y sus diversas evoluciones. Ellos tratan de reconocer allí un cierto número de aspiraciones que llevan dentro de sí mismos en nombre de su fe" (1). Por consiguiente tampoco tenía lugar el "atento discernimiento" que nos pide el Papa sobre qué socialismo puede tratar de construir el creyente y cuál no. El rechazo era rotundo y total. En correspondencia, salvo notables excepciones, cierto contenido antirreligioso era bastante común a todos los socialismos y esencial para alguno de ellos.

Hoy somos muchos los cristianos que no nos consideramos anticomunistas. Más aún estamos convencidos de que necesitamos superar el capitalismo por determinado tipo de socialismo que hay que

inventar como realidad, pero cuyos rasgos principales podemos definir. Sin embargo no deseamos para Venezuela la implantación del modelo económico, social y político como el que reina en la Unión Soviética y algunos países afines. Personalmente llevo varios artículos escritos sobre el tema en SIC, con indudable simpatía socialista pero con clara diferenciación del modelo soviético actual. Quiero citar nada más dos de esos artículos donde más explícitamente abordé el tema y que el Dr. Arenas como suscriptor de SIC tal vez conoce. En enero de 1971 comenté el libro de Teodoro Petkoff "Socialismo para Venezuela". Extraigo un párrafo de aquel artículo que resulta esclarecedor de la opinión sobre el modelo de sociedad que resultó en la Unión Soviética (no el que se buscó).

"Un sistema que permite, sin crítica y casi siempre con adulación masiva el reinado omnipotente de un monstruo de la talla de Stalin (sólo comparable con Hitler), tiene fallas notables como sistema y no meramente circunstanciales. Falla que sin duda radica en la instauración de un poder oligárquico e incluso monárquico, sin control alguno" (2). Sin embargo considero que la realidad soviética es de gran importancia para la Humanidad que busca superar el capitalismo y que los cristianos debemos perder todo complejo para estudiar con seriedad el marxismo y asumir todo aquello que sirva de instrumento para una mejor comprensión de la realidad y para la transformación humanista de la misma. En marzo de 1976 escribí un artículo titulado "Cristianos Socialistas". De nuevo ahí puede encontrar el lector mi actitud de discernimiento de acuerdo a lo que el Papa Pablo VI ha pedido en relación con el socialismo.

"Ciertas formas de represión, de adocenamiento colectivo, de burocratización y de dogmatismo se pueden tal vez comprender como producto de condiciones históricas limitantes, pero no parece justificable su persistencia hoy y más bien parecen ser la expresión típica de los vicios que engendra el control del poder colectivo por una minoría" (3).

CRISTIANOS EN LA ACCION

Disponía de 34 breves páginas para tratar de exponer escuetamente la relación y la vinculación que hacemos algunos cristianos entre la fe en Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios con quien la liberación del hombre, está entre nosotros en germen y en esperanza, y la búsqueda de una sociedad socialista. No se trataba de presentar todo un muestrario de alternativas sociopolíticas para que el cristiano cómodamente instalado en la proclamación universal de valores abstractos comprara a la medida de su gusto. El socialismo, como toda otra alternativa histórica, no es una receta para comprar en botica remedios que surten efecto con seguir fielmente las instrucciones. Es algo que hay que construir con los materiales disponibles en cada país de acuerdo a unas guías maestras que lo identifican como alternativa específica.

Estoy totalmente de acuerdo con los párrafos finales del Dr. Arenas sobre el papel de los cristianos en la búsqueda de una sociedad más humana. También parece bien que haya cristianos que rechacen razonadamente la denominación socialista para la sociedad que tratan de construir. No comparto en cambio el rechazo visceral de todo socialismo por los cristianos puesto que con frecuencia nos ha llevado a manipular la fe y ponerla al servicio del capitalismo; servicio altamente valorado por éste. Hoy todavía la mayoría de los creyentes y de los dirigentes de la Iglesia Católica estamos asimilados y acomodados en esta sociedad capitalista antihumana y nuestro antisocialismo nos legitima -nos tranquiliza la conciencia de complicidad- en la medida en que nos repetimos que cualquier alternativa socialista es atea, totalitaria y contraria a la dignidad humana.

Me gustaría ver alguna vez diseñada esa sociedad que proponen quienes se consideran anticapitalistas y antisocialistas a la vez. Y no diseñada en abstracto, sino convertida en lucha real, en desidentificación con los grupos opresores, en esfuerzo creador de las condiciones económicas y políticas que impidan que un grupo -sea cual sea- se apodere de la economía y del poder para perpetuar la do-

minación del hombre. La misión del cristiano no es discernir desde un mundo abstracto de valores, no es juzgar desde la barrera cuáles son los errores que comete todo torero. Ahora no somos jueces sino constructores de la historia como liberación. El cristiano, si quiere contribuir a hacer la faena que le corresponde en la historia, debe bajar al ruedo y acercarse al toro, es decir entrar en contradicción real con su sociedad inhumana que dice rechazar y buscar en la práctica las condiciones de posibilidad para que la sociedad sin opresión, que dice querer, sea realidad. El discernimiento cristiano no es algo meramente mental, sino eminentemente práctico y transformador: se trata de establecer una nueva relación humana, más acorde con el Evangelio, para lo cual es necesario entrar a construir una nueva sociedad.

EL SOCIALISMO COMO PROYECTO

El folleto en cuestión no trata de presentar ni el cristianismo, ni el socialismo como alternativas hechas que hay que tomar o dejar. Los presenta como dos líneas matrices que guían la acción histórica de muchos cristianos. Cada línea tiene un aporte específico. Una cosa es el don de la fe y otra el conocimiento propio, en una etapa histórica, de las alternativas de sociedad más beneficiosas para el hombre. Entre ambas se establece una relación que allá se trata de explicar.

Por eso no veo mucho sentido al reclamo de que falta un capítulo donde se desarrolle la crítica a los socialismos históricos. Más bien faltarían muchos capítulos donde se analizara cómo y por qué las mejores "aspiraciones" del hombre al hacerse historia eficaz degeneran en realidades antihumanas. Y esto es válido para muchos socialismos y es válido para tantas encarnaciones reales de sociedades que hemos llamado cristianas. Lo que reclama el Dr. Arenas igualmente hubiera podido reclamar cualquiera sobre los elementos de identidad cristiana presentados. Me puede echar en cara que ese cristianismo no existe en ninguna parte, que es mera "aspiración". Entonces el uno diría que por qué no se habla de Stalin, de la invasión de Checoslovaquia, de la discriminación de los creyentes o del imperialismo soviético. El otro me acusaría de realizar una engañosa presentación del cristianismo por no haber hablado de la Inquisición, de la expoliación "cristiana" esclavista de África, del papa Borgia o del proceso de Galileo. . .

Esa manera de cerrar los caminos del futuro es un recurso dialéctico fácil, pero estéril. Lo omití por eso y porque no estoy recomendando ni ese "socialismo", ni aquel "cristianismo", sino que presento unas líneas de acción que inspi-

ran hoy la búsqueda concreta constructiva de una sociedad alterna. Se habla de nuestro capitalismo porque de ahí tenemos que salir, es el punto de partida. No es una doctrina, es nuestra realidad: somos capitalistas. No hablo de la Unión Soviética ni de la Inquisición porque no es allá a donde quisieramos llegar. Se señalan sí algunos elementos que en todo tiempo tenderán a desvirtuar el cristianismo para convertirlo en ideología legitimadora de una sociedad injusta y otros elementos cuya presencia irremediablemente llevará a la dominación del hombre por el hombre así se llame "socialista" la nueva sociedad. Así pues hablamos del socialismo como proyecto. Es sabido que la búsqueda del socialismo ni empezó en Rusia en 1917 ni termina ahí. Es mucho más rica y variada. Dentro de esa variedad hay algunos elementos comunes a todos los grandes luchadores por el socialismo y que condujeron la esperanza de libertad del proletariado oprimido. Ellos (ni los marxistas ni los no marxistas) no vieron su realización (ni siquiera Lenin); tal vez tampoco nosotros lo veremos: el tiempo de los modos de producción como alternativas históricas se mide en siglos y la edad de los hombres en décadas. Sin embargo considero como cristiano y como sociólogo dedicado a estos estudios que es posible y conveniente que la Humanidad logre superar el inhumano capitalismo y logre una etapa ulterior que merece el nombre de socialista. El desarrollo de los elementos más positivos de la historia apuntan hacia allá.

Si queremos esquematizar los rasgos fundamentales -más allá de las múltiples diferencias- que caracterizan a los grandes luchadores socialistas tendríamos los siguientes:

1) Eliminación de la propiedad privada de los medios de producción como realidad dominante. Esta propiedad del capital y su ley de maximización de la ganancia impone la dictadura y el "imperialismo internacional del dinero" como lo afirmó hace 45 años el mismo Pfo XI (4). Pero no se puede eliminar sin sustituir. En la tradición socialista se proponen dos elementos que integran la alternativa socialista:

a. Planificación central con capacidad de señalar las metas y prioridades humanas colectivas y de conducir eficientemente los recursos de capital al logro de dichos fines.

b. Autogestión obrera de manera que las unidades de producción sean de los trabajadores y el capital sea un instrumento a su servicio.

En la tradición socialista estos dos elementos se combinan con diverso énfasis según las corrientes. Los anarquistas y proudhonianos (que tienen sus herederos)

acentuaron más el control obrero de la empresa. Los marxistas (con divergencias entre sí) ponían más el acento en el Estado y en la planificación central. En la medida en que uno de los dos elementos ahogue al otro, el socialismo deja de ser tal para convertirse en un totalitarismo estatista y burocratizado o una anarquía ineficaz y conflictiva. Esta unilateralidad es difícil de evitar y ha prevalecido históricamente.

La combinación de estos dos elementos supone al mismo tiempo la sustitución del ordenamiento capitalista de la propiedad por la combinación equilibrada entre propiedad estatal, propiedad social de los trabajadores y propiedad privada de pequeñas unidades, siempre subordinadas a las metas colectivas.

2) Socialismo significa primacía del hombre en cuanto trabajador sobre el capital. El hombre se humaniza a través de su trabajo en la medida en que éste no se realice en las actuales condiciones de alienación y de despojo por parte del capital privado, aunque en cualquier sistema conviene que parte del trabajo se convierta en bien de capital y no en bien de consumo.

3) Este difícil equilibrio entre Estado y empresa autogestionada, entre centralismo e iniciativa local autónoma, esta socialización de la economía permite la socialización del poder, es decir la eliminación de la dictadura de uno u otro signo.

De nuevo aquí no basta denunciar la dictadura del poder existente en el capitalismo, aun en forma de democracia, sino que es menester buscar los modelos de participación para que todo el poder no recaiga en una oligarquía de grupo económico o de partido onnipotente.

EL SOCIALISMO COMO TAREA

Planteado así el socialismo se presenta como tarea propia y no como rechazo de lo ajeno. Es un reto a la imaginación y creatividad. En el folleto aludido se señalan algunos rasgos imprescindibles y se plantea un conjunto de interrogantes que a lo largo de la acción los constructores de la alternativa venezolana deberán ir resolviendo. A manera de ilustración citaré algunos de esos rasgos cuya búsqueda para Venezuela creo debe orientar la acción de muchos y que se presentan en el folleto:

"1. Apropriación colectiva de las riquezas naturales del país.

2. Apropriación colectiva de los ingresos producidos por la liquidación del activo petrolero.

3. Destino de dichos ingresos a potenciar la capacidad productora de todos los venezolanos: tanto producto material como cultural.

4. Planificación colectiva de las metas y

de la manera como los recursos económicos del país van a convertirse en instrumentos para la producción de dichas metas de bienestar colectivo.

5. Ordenamiento de todo el aparato educativo formal y de la educación informal, a crear una nación productora de su futuro material, cultural y social.
6. Para que el trabajo sea el elemento predominante en la producción material se requiere un socialismo con empresas autogestionadas por los trabajadores y combinadas dentro de un plan global. La mera estatización no hace justicia al trabajador, pues entrega los medios de producción y de coacción en una minoría opresora. El poder económico deberá estar en los trabajadores dueños de sus empresas.
7. El poder político deber ser la expresión de la voluntad colectiva del país en una verdadera democracia. La eliminación de los monopolios políticos y la vigorización de los diversos grupos intermedios hará que las metas no sean imposición de un grupo privilegiado particular.
8. En estas condiciones la relación con el extranjero no será de sumisión e imposición de sus metas a un país que flota a la deriva, sino que será una relación de intercambio mutuamente enriquecedor porque Venezuela será un centro generador de sus propias decisiones y no una mera periferia sumisa a las decisiones de otros.
9. Todo este esfuerzo debe estar enmarcado en la creación de la unidad latinoamericana con un mismo esfuerzo independiente" (5).

CRISTIANISMO POLITICA E HISTORIA

Nuestra propia bandera

"Hagamos -dice el Dr. Arenas- un mundo nuevo, sí, pero con nuestra propia bandera. Hagamos esta promoción con coraje y sin miedos. Y cuando los demás vean esta actitud decidida y propia, sin componendas ni con unos ni con otros, nos seguirán. Sólo entonces nos seguirán. Esto nos parece, por lo menos, más viril y más digno que hacer de comparsa".

Hay muchos católicos que plantean así el problema de las alternativas políticas. Creo que es una concepción errónea y gravemente perjudicial para la humanidad y para el servicio que los creyentes en Jesús le debemos a ella. No es problema de machismo ni de honor.

Nosotros no tenemos ninguna bandera propia en cuanto modelo político de sociedad. Los no creyentes pueden compartir proposiciones hechas a este nivel por creyentes y al revés los creyentes po-

demos. compartir proposiciones políticas hechas por no creyentes. La fe es algo muy distinto de una alternativa concreta socio-política en una etapa de la historia. Ello es verdad aunque la fe no se pueda compaginar con la indiferencia o desinterés por la búsqueda de alternativas socio-políticas eliminadoras de la opresión del hombre. Lo específico cristiano es la profunda convicción de que en Jesús de Nazaret se nos ha revelado humanamente el amor de Dios a la humanidad entera. Esta fe-amor sólo es realidad en la medida en que se verifica en el amor de entrega a los demás hoy y aquí. En ese amor Dios está presente. Sin ese amor Dios está ausente. Pero esta profunda relación humano-divina no conlleva ningún proyecto político que haya que aceptarlo por el simple hecho de ser cristiano. Sólo exige a los cristianos abordar la tarea política con responsabilidad y con radical e insobornable defensa del prójimo y con los conocimientos económicos, políticos y sociales que en cada época de la historia están al alcance de la Humanidad. Conocimientos que no son confesionales ni están abiertos sólo al creyente.

El Concilio afirma que "La Iglesia, que por razón de su misión y de su competencia no se confunde en modo alguno con la comunidad política y no está ligada a sistema político alguno, es a la vez signo y salvaguardia del carácter trascendente de la persona humana"(6). Esto no implica que los grupos de la Iglesia e incluso la propia Jerarquía se deban desentender de la situación política. Invito a los lectores a leer el documento del episcopado brasileño que publicamos en este mismo número que me parece un buen ejemplo de radical compromiso político sin confundirse con una alternativa partidista. Pero creo que nosotros no hemos sido educados en la línea de ese párrafo del Concilio y a cada rato nos sale eso de la "propia bandera". Ese papel de la Iglesia al servicio del carácter trascendente de la persona humana es justamente lo que me lleva a rechazar toda manipulación de la fe en Jesús para sacralizar un modelo político. Es así mismo -creo- el sentido de la frase de Pablo VI citada por el Dr. Arenas como nota final. El cristianismo no puede usarse como instrumento en el sentido de que preste la radicalidad absoluta de la adhesión del creyente para absolutizar y sacar de la libre discusión alternativas políticas contingentes.

¿Guardianes del pasado o creadores del futuro

Pienso que por desgracia el papel de la dirigencia de la Iglesia -dirigencia en el sentido amplio- en los dos últimos siglos arroja un saldo bastante negativo al juicio de la mayoría de historiadores serios y se-

renos. Negativo en cuanto resistencia de toda búsqueda de modelos sociales y políticos superadores de aquella amalgama de monarquía absoluta y feudalismo en la que parecían haber echado el ancla el estamento social de la clerecía y la nobleza "creyente" que imponía sus criterios en la Iglesia. Justamente la identificación del cristianismo con un orden socioeconómico concreto y su sacralización como orden querido por Dios (Rey por la gracia de Dios) llevó a la Iglesia a erigirse en tenaz defensora del "antiguo régimen" donde ella gozaba de un status de predominio y de privilegio lejos de la inspiración evangélica. Esta misma situación y la manera de hacer teología y moral social llevó a la Iglesia a oponerse con uñas y dientes al progreso humano e instaurar una política de condenas y anatemas contra el mundo contemporáneo. Fue Juan XXIII quien quiso romper con esta política Vaticana hecha carne y sangre no sólo en movimientos integristas como la "Acción Francesa" (que parece resucitar hoy con movimientos como el de Monseñor Lefebvre), sino también en la formación ordinaria que impartía la Iglesia a sus sacerdotes y creyentes. Por eso Juan XXIII tuvo que rechazar los esquemas preparatorios que los hombres de la Curia le presentaron con la óptica del "anatema" del mundo.

Yo no creo que la Iglesia debe aceptar sin más cualquier novedad histórica, pero es evidente que el rechazo o la modificación de ella no se puede hacer desde el "viejo orden", sino desde el futuro, desde la Nueva Humanidad que inspira nuestra marcha histórica. Para mí es igualmente evidente que en los últimos dos o tres siglos perdimos esta capacidad y a muchos que la mantuvieron se les amargó la vida hasta silenciarlos o echarlos de la Iglesia. Así se explica que a la democracia liberal y todo pero democracia al fin- contrapusiéramos la monarquía absoluta teocrática, que a la creación de la Nación italiana contrapusiéramos los intereses de los Estados Pontificios cuya realidad muy poco tenía que ver con el Evangelio. Me temo que con el socialismo muchos tiendan a hacer lo mismo. Nos cuesta creer en la sociedad que no existe. Y en lugar de diseñar el futuro humano y ponernos a luchar para hacerlo real sacamos argumentos con los que poco se contribuye al avance de la historia: "¿en cuál porción del planeta tierra florece ese socialismo idealizado como no sea en la mente del autor??"

¿No se podía hacer esta misma pregunta y esta misma acusación de idealistas a Bolívar y Martí que soñaron en naciones independientes e idealizadas cuando estas no existían o a quienes lucharon por la supresión de la esclavitud, el salario de ocho horas, la eliminación del tra-

bajo de las mujeres o la supresión de la pena de muerte? Justamente crear en la historia es actuar soñando en las realidades que todavía no existen. Para mí el problema no es de este o el otro caso, sino de metodología, de manera de entender la transformación de la historia y del papel del creyente en ella. Por eso traigo los ejemplos, no para aplicárselos al Dr. Arenas pues no dudo que en este punto coincidiríamos. Me preocupa un tipo de razonamiento que a muchos cristianos bloquea totalmente para hacer una contribución más positiva y significativa en la construcción de la historia humanizadora.

Errores condenados por la Iglesia

Tengo delante de mí un libro escrito por un jesuita editado cuidadosamente con fecha de 1889 (7). Se titula "¿Es lícito a un católico ser liberal en política?" Naturalmente contesta que no. Y contesta en nombre del Papa y de la doctrina obligada para todo creyente con la que hace una cerrada defensa del antiguo régimen y de la monarquía absoluta.

El autor se pregunta: "¿Qué doctrinas del Liberalismo ha condenado la Santa Iglesia?" Contesta "Respondo que todas en general y cada una de ellas en particular". Y pasa a señalar "las cinco como bases del sistema liberal", "errores condenados por la Iglesia":

"1a. base. Separación de la Iglesia y del Estado, con sus consecuencias".

"2a. base. Soberanía nacional y sus consecuencias".

"3a. base. Absolutismo de la ley y sus consecuencias".

"4a. base. Libertad a lo liberal y sus consecuencias".

"5a. base. Igualdad con sus consecuencias" (8).

El autor argumenta todas estas condenas y las fundamenta en el documento del Papa Pío IX el Syllabus.

Ya el sólo enunciado de los temas expresa una verdadera tragedia, sobre todo para millones de hombres cuya esperanza de mejorar gracias a esas conquistas de la humanidad entraba en contradicción con sus creencias. Abandonaron la Iglesia porque ésta puso entre ellos y el Evangelio el peso muerto de lo acostumbrado y de los privilegios. Los católicos "republicanos" que creían en estos cambios fueron puestos en el dilema de abandonarlos o abandonar la Iglesia. Exactamente el dilema que algunos quisieran defender hoy con respecto al socialismo y a los católicos socialistas.

No se piense que al rechazar esos principios se rechazaban posiciones extremas, se rechazaba todo. Los católicos no tenían nada que aprender de la Ilustración de la Revolución Francesa y del Li-

beralismo porque los católicos tenían sus "propias banderas" que lejos de ser propias eran las de los privilegiados del "antiguo régimen" entre los que se contaba, claro está, el estamento clerical "el alto clero". Y esto hoy no es doctrina discutible para nosotros sino historia lamentable, de la que hay que sacar conclusiones doctrinales y enseñanzas prácticas. Al rechazar la separación de Iglesia y Estado se consideran como "horribles negaciones" por ejemplo la afirmación de que la Iglesia no debe "ejercer tutela sobre el Estado, sino más bien contentarse con que este le reconozca plena libertad e independencia" (9). Exactamente esa "horrible negación" es la que va a defender el Concilio Vaticano II en su Mensaje a los Gobernantes del mundo. "¿Y qué pide ella de vosotros, esa Iglesia, después de casi dos mil años de vicisitudes de todas clases en sus relaciones con vosotros, las potencias de la tierra, qué os pide hoy? Os lo dice en uno de los textos de mayor importancia de su Concilio; no os pide más que la libertad: la libertad de creer y de predicar su fe; la libertad de amar a su Dios y servirle; la libertad de vivir y de llevar a los hombres su mensaje de vida" (10).

Libres para liberar

Se rechazaba la posición de los "católicos liberales" que defendían "La Iglesia libre en el Estado libre" (11). Ahora el Concilio viene a defender que la "comunidad política y la Iglesia son independientes y autónomas, cada una en su propio terreno" (12). Y así podríamos ir señalando uno por uno tantos otros "errores". ¿Pero para qué? El pasado no se puede corregir. Veamos si es posible aprender para el futuro. A mi modo de ver en todo esto hay un error de método. Es evidente que las grandes conquistas que supuso la Ilustración, tal y como eran defendidas, justificaban reparos de parte de la Iglesia. Incluso los "cinco errores" antes señalados requerían matices.

Pero matices hechas desde su afirmación, no desde su negación. La Iglesia debía haber luchado por esas conquistas y haber aportado su propia sabiduría para lograr los matices que los librarán de ciertos absolutismos infantiles. Pero lo que no tenía sentido cristiano era oponerse desde el pasado, desde el viejo orden de privilegios. Tampoco tiene sentido oponerse desde un mundo abstracto de "valores en sí" donde supuestamente estaría ubicada la Iglesia impoluta combinando lo mejor de cada sistema social en una síntesis imposible históricamente. Sólo es cristiano entrar en la conquista de las nuevas etapas de la Humanidad y ahí, en ese trabajo arduo, hacer presente todos los aportes cristianos que pueden ayudar a que el cambio sea un avance y un retroceso. Para mí esta necesidad fue verdad ayer y es verdad hoy, con la Ilustración, con el Capitalismo (no tenía sentido rechazarlo desde la defensa del orden feudal) y con el Socialismo. Si hay socialistas cristianos con peso significativo el socialismo no será ni anticristiano ni antihumano.

Que muchos cristianos no quieran llamar socialista a la sociedad de justicia que buscan está muy dentro de lo posible en la Iglesia. Siempre que se busque una real superación de nuestra injusta sociedad capitalista y se haga con realismo y verdadera apertura a tantos que sin la fe en Jesús de Nazaret tienen las mismas preocupaciones que nosotros por una sociedad sin explotados ni explotadores. Creo que hay muchos cristianos antisocialistas que sinceramente buscan esa sociedad como lo afirma el Dr. Arenas. Yo prefiero llamarla socialista por las razones arriba indicadas y porque ayuda a establecer una clara divisoria con el capitalismo en el que estamos atrapados y probablemente cómodamente instalados, aunque lo rechazemos teóricamente a la luz de un mundo de valores proclamados en abstracto.

NOTAS:

- (1) PABLO VI, Carta en el 80º Aniversario de la primera encíclica social de los papas No. 31
- (2) UGALDE Luis, ¿Socialismo para Venezuela? Reflexiones al margen del libro de Petkoff. En SIC No. 331 enero 1971 pág. 15
- (3) UGALDE Luis, Cristianos Socialistas. Una realidad necesaria, ¿pero bloqueada? En SIC No. 383 marzo 1976 pág. 107
- (4) PIO IX, Encíclica Cuadragésimo Anno No. 105-110
- (5) UGALDE Luis, Cristianismo y Socialismo, Edit. Centro Gumilla. Caracas 1976, págs. 25 y 26
- (6) Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual No. 76
- (7) DA ARCOS Angel María S.J., ¿Es lícito a un católico ser liberal en política? 2a. Edición. Imprenta católica. Burgos 1889
- (8) Op. Cit. Págs. 45-53
- (9) Op. Cit. pág. 195
- (10) Mensaje del Concilio a la Humanidad. En Concilio Vaticano II Constituciones, Decretos, Declaraciones. 3a. edición. Ediciones BAC. Madrid 1966 págs. 838 y 839
- (11) DE ARCOS Op. Cit. pág. 195
- (12) Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual No. 76